

Pero poco se adelantaba con que cediera Melanchton (12), y dijese que la confesion luterana concordaba con los dogmas católicos, pues que éstos descansaban sólidamente sobre la autoridad, mientras aquella estaba á merced de la interpretacion personal. Los que no admitian la presencia real espusieron otra *confesion tetrapolitana* (13); Zwingle hizo una tercera más vigorosa que las otras dos, en la cual escluída toda ceremonia y toda gerarquía y toda tentativa para unir los católicos y los protestantes no tuvo éxito, en atencion á que si Lutero y Melanchton se inclinaban á reconocer á los obispos y al papa el poder eclesiástico, los príncipes no habian abrazado la Reforma sino con el designio de permanecer independientes de aquella autoridad y los católicos podian ya decirles desde entonces: «Ante todo ponemos de acuerdo y después discutiremos.» Lutero escribió á los suyos: «Bastante y aun demasiado habeis hecho. Habeis confesado á Cristo, ofrecido la paz y prestado obediencia á Carlos: no hagais más concesiones, aun cuando os veais maldecidos por el papa y por el César. Ahora toca á Dios sólo el juzgar. Si la consecuencia de todo esto es la guerra, venga la guerra: el Señor prepara á nuestros adversarios como victimas para el sacrificio.» (14) La única conclusion fué, pues, la de prohibir que se inquietase á nadie por causas religiosas, y apresurar la convocacion del concilio (15).

Liga de Esmalcalde.—Demasiado ocupado Carlos Quinto en otros asuntos (16), y queriendo dar

(12) Este habia encargado siempre que se modificaran los ritos lo ménos posible. *Obsecro, quantum ex veteribus ceremoniis retineri potest retinea: omnis novitas nacet in vulgo.* Corp. Ref. II, 551. *Furor est non pieta tales ceremonias improbare,* 910. En Augsburgo decia al legado Valdés que no se hallaban tan distantes de la Iglesia Católica, como el vulgo creia y que la controversia se reducía solo á tres puntos: la comunión de las dos especies, el matrimonio de los sacerdotes y la abolición de las misas privadas. *V. la Relacion de Spalato en Sech, II, 165.* Otras veces decia: *Dogma nullum habemus diversum ab Ecclesia romana.*

(13) Fué recopilada por Bucer y Capiton, y presentada por las ciudades de Costanza, Estrasburgo, Memmingen y Lindau.

(14) Epp. IV, p. 162, 171.

(15) Maria, viuda de Luis de Hungría, atendía gustosa á los protestantes, hacia celebrar el oficio divino en sus habitaciones segun el rito de los mismos, y trataba de persuadir y ablandar á su hermano Carlos Quinto. D'AU-BIGNÉ.

(16) Se dice que durante un banquete, al que asistieron el emperador y algunos príncipes, se presentó una compañía de comediantes, para hacer una representacion como era costumbre. Salió primero un viejo disfrazado de doctor que dejó en el suelo un haz de palos derechos y otros torcidos, y que llevaba en las espaldas el rótulo de *Reuclm*. Apareció después otro que procuró arreglar los palos derechos con los torcidos, y no pudiendo conseguirlo, se marchó. Este llevaba el rótulo de *Erasmus*. Salió después un fraile con una espuerta de carbon, acomodó los

palos, puso fuego á todo y se retiró. Aquel fraile era *Lutero*. Entonces un personaje con las insignias imperiales viendo aquel incendio, desenvainó la espada, y trató de distinguirlo á golpes, más viendo que aun se dilataba más se marchó precipitadamente. Luego otro personaje remedando á Leon X, presentose desconsolado por tal espectáculo y hallando á mano dos vasos, uno de aceite y otro de agua, tomó el de aceite y lo derramó sobre la llama, y viendo que esta tomaba aun mayores creces, se retiró espantado, J. L. FABRICIUS, Opp. II, 231.

consistencia al partido católico eligiéndole un jefe, hizo nombrar rey de los romanos á su hermano Fernando (1531) conocido por su aversion á los protestantes. Declarando entonces éstos que los privilegios de la Bula de oro se habian infringido, se unieron en Esmalcalde: el elector de Sajonia y su hijo, los duques de Brunswick y Luneburgo, el landgrave de Hesse, el príncipe de Anhalt-Cœthen, los condes de Mansfeld, las ciudades de Estrasburgo, Ulm, Constanza, Reutlingen, Memmingen, Lindau, Biberach, Isny, Lubeck, Magdeburgo, Brema, Essling, Goslar é Einbeck, prometieron sostener la libertad germánica, y con ellos el duque de Baviera, que aunque católico, no reconoció á Fernando; en fin, los confederados pidieron apoyo á los reyes de Francia y de Inglaterra. Entre tanto el turco se presentaba á las puertas del imperio: á consecuencia de lo cual se concluyó en Nuremberg un primer tratado de paz con el príncipe austriaco (1532), que suspendió los edictos de Worms y de Augsburgo, concediendo á los protestantes el libre ejercicio de su culto, á condicion de que se armarian contra los otomanos.

Habiase proclamado la paz; pero la guerra ardia por todas partes. Persuadido Felipe, landgrave de Hesse, de que ella era el único medio de asegurar la religion, la hizo estallar adoptando el partido del duque de Wurtemberg, que habia sido despojado por Carlos Quinto. Habiéndose librado Cristóbal, hijo del duque, de la persecucion del emperador, protestó contra semejante usurpacion; unióse Felipe á Juan Federico, elector de Sajonia, y á la Baviera; la Francia prometió dinero, y se declaró la guerra al Austria. En fin, el emperador devolvió el Wurtemberg, pero como feudo revertible al Austria.

Los anabaptistas no habian sido abatidos con el suplicio de Münzer y de los suyos; nuevos predicadores se estendieron por todo el Rhin y los Países-Bajos. Pero cuando Carlos Quinto hizo caer muchas cabezas en Amsterdám, los inspirados se concentraron en Munster en Westfalia. Juan Bokold, sastre de Leida, arrastró consigo á una gran multitud; y como el senado de Munster quisiera reprimirlo, resultó una sublevacion. Tanto el obispo de aquella ciudad y el de Colonia, como el duque de Gueldres y el landgrave de Hesse, que habian acudido á su socorro, fueron vencidos por los rebeldes, que proclamaron entonces el reinado

de la libertad y de la igualdad. Siendo Cristo hijo de David, organizaron un gobierno á la manera hebrea con dos profetas de Dios, David y Juan de Leida, y además dos profetas del diablo, el papa y Lutero; quemaron todos los libros, escepto la Biblia, los monumentos de arte y los instrumentos de música. Cargaron los cañones con los más preciosos pergaminos; se casaron con varias mujeres, hicieron los bienes comunes, mancharon con sus orgias, al resplandor de los sagrados cirios, lugares ensangrentados ya atrocemente con la matanza. Juan se casó con cuatro mujeres, y rodeándose de fausto se tituló *rey de justicia en el mundo*. Hizo leyes, sentenció procesos y envió, desde la ciudad en que se encontraba sitiado, apóstoles encargados de propagar el Evangelio, y proporcionarse inteligencias con los anabaptistas de los demás países. Intentó nada menos que sorprender á Amsterdam. Pero en todas partes fueron cogidos y sentenciados á muerte sus apóstoles y adictos, como fuera del derecho comun, y aun fué mayor contra ellos la atrocidad, ya tan grande, de los suplicios más refinados. Los rigores, el entusiasmo, las predicaciones y los tormentos no le bastaron á Juan de Leida para conservar á Munster, que en fin fué tomada (1535). Los que no perecieron con las armas espiraron con las tenazas, las ruedas y la horca, al sonido de los aplausos de los católicos y de los luteranos, de Roma y Ginebra.

En este estado, se insistía en la reunion de un concilio; pero ningun partido la deseaba sinceramente. Los protestantes hasta suscribieron una nueva confesion de fe redactada por Lutero, que se separaba más de la religion católica y hacia la union imposible.

Opúsose una liga católica entre el emperador y el rey de los romanos á la de Esmalcalde. Pero Carlos Quinto no tenia planes fijos como acontece en el momento de las tempestades repentinas? ¿Los ocultaba como profundo político? ¿O era verdad que no jugaba limpio con objeto de estar bien con ambos partidos? Es cierto que no manifestó en aquella circunstancia la misma firmeza que en sus demás empresas, tal vez por el temor de que los protestantes no se colocasen del partido de la Francia. Su hermano Fernando aspiraba á la paz, con el objeto de poder defender á la Hungría contra los turcos. Propúsose, pues, un *interim* en Ratisbona para garantizar la paz religiosa hasta el concilio. Esta convencion no fué del agrado de los protestantes, y no debia desagradar ménos á los católicos; porque durante aquel armisticio, sus enemigos continuaban confiscando los bienes eclesiásticos, secularizando los obispados y adquiriendo la solidez que produce el tiempo. Por otra parte, el rey de Dinamarca se adhirió á la liga de Esmalcalde; y además del elector de Brandemburgo y del nuevo elector de Sajonia, Juan Federico, el arzobispo de Colonia, los obispos de Lubeck, Camin y Schwerin, adoptaron la reforma. Renovóse, pues, la liga por diez años; asalarián-

dose tropas, y de esta manera se encontró el protestantismo constituido en cuerpo político.

La liga de Esmalcalde no podia ser considerada por el emperador sino como una rebelion. Así es que desde aquel momento, su modo de obrar, por lo comun vacilante, tuvo un objeto determinado, el de destruir la nueva constitucion que los ciudadanos defendian á mano armada. Apenas cesaron la Francia y la Turquía de inspirarle inquietudes, cuando se resolvió á la guerra, guerra más política que religiosa, aunque se llamase guerra de la *Santa Liga*, por la intervencion del papa, que autorizó á Carlos á cobrar medio año de las rentas eclesiásticas de España y vender por valor de 500,000 ducados de propiedades monacales. El mismo prometió 200,000, comprometiéndose además á sostener por espacio de seis meses, doce mil infantes y quinientos caballos ligeros de aquellos italianos á quienes la servidumbre habia arrancado las armas, y que se alistaron voluntariamente en la bandera de Octavio Farnesio, sobrino del papa.

Preparáronse á la defensa los confederados de Esmalcalde, aunque con menos ardor del que se aguardaba. Mauricio, segundogénito de Sajonia, aunque protestante, se declaró en favor de Carlos Quinto, y obtuvo de él el electorado, que fué arrebatado á Juan Federico, Fernando, rey de Bohemia y de Hungría, levantó un ejército de bohemios sin el consentimiento de los Estados, y fué á ayudar á su hermano, más atrevido entonces con la muerte de Francisco I.

Batalla de Muhlberg.—Carlos Quinto triunfó en la batalla de Muhlberg, en la que fué hecho prisionero Juan Federico. Habiéndose rendido bajo su palabra el landgrave de Hesse, se vió obligado á pedir perdon de rodillas, y fué hecho prisionero (17); después le llevó Carlos Quinto en su comitiva por todos los países comarcanos, como para prolongar su triunfo sobre la libertad germánica (18). No sólo los ministros de todas las potencias, sino reyes, príncipes y reinas se prosternaron á los pies de Carlos Quinto para obtener su libertad: permaneció inexorable como lo habia sido con Francisco I. No usando ya de ninguna consideracion ni con sus amigos ni con sus enemigos, hizo que se presentase el elector, á despecho de las constituciones imperiales, ante un consejo de guerra, compuesto de oficiales españoles é italianos, bajo la presidencia del duque de Alba,

(17) Carlos Quinto habia prometido no condenarle á ninguna prision; pero dijo después haber prometido no condenarle á prision perpétua: equivocando las palabras *einige* y *ewige*, que es fácil confundir en la escritura alemana.

(18) «La vista de dos desgraciados prisioneros, que llevaba tras sí con la mayor insolencia, habia escitado la piedad hasta en aquellos que estaban animados del espíritu de partido, y de un sentimiento de odio hacía una religion diferente.» COXE, *Historia de Carlos Quinto*, c. 30.

los que le condenaron á muerte. Perdonóle entonces, pero con condiciones humillantes. Después se presentó en las asambleas rodeado de mercenarios españoles, que violando las franquicias del suelo germánico, pusieron á contribucion á amigos y adversarios.

Entonces se encontró la casa de Austria en el apogeo de su poder: la liga de Esmalcalde se encontraba disuelta, los privilegios del cuerpo germánico destruidos, y la libertad desalentada. Abandonados los bohemios á merced de Fernando, debieron anonadar sus franquicias en castigo de su rebelion; y Carlos Quinto hizo redactar un nuevo *interim* que desagradó á todos, por la ambigüedad, la que dejaba conocer la intencion de conciliar ambas opiniones.

Al mismo tiempo presentó un proyecto de reforma eclesiástica que escitó el descontento de Roma. Sin embargo, libelos y caricaturas trataban de traidor y apóstata á Mauricio de Sajonia, que se había resentido de que el emperador le hubiese negado la libertad del landgrave. En el momento, pues, en que Carlos Quinto descansaba en los espías de que le había rodeado, publicó contra él una proclama en la que le acusaba de querer establecer en Alemania una servidumbre intolerable, brutal, hereditaria, como la que pesaba sobre España.

Carlos Quinto no pensaba, segun nuestro modo de ver, hacer hereditaria la corona imperial, pero sí reunir la á la de España en la persona de Felipe II; ahora bien, esta funesta combinacion la evitó la espada de Mauricio, y poco faltó para sorprender al emperador en Inspruck, de donde huyó dejando libre á Juan Federico. Entró entonces Enrique II, rey de Francia, en Alemania, de la que se declaró protector, é hizo en Alsacia una guerra encarnizada. De esta manera se encontró el emperador precisado á suscribir en Passau á una transaccion que aseguró la libertad de ambas religiones. Se estipuló allí que nadie sería inquietado, ya perteneciese á la confesion de Augsburgo, ya fuese católico, y que se suspendería la jurisdiccion eclesiástica, con respecto á los protestantes, á quienes se les permitiría entrar en la cámara imperial. No se esplicaba de todos modos, si la libertad de conciencia debía estenderse también á los Estados eclesiásticos; y como todos los que no eran ni católicos ni luteranos no estaban incluidos en el tratado de paz, el campo quedaba abierto á las disensiones y enemistades de los demás innovadores.

Tres años después concluyóse en Augsburgo la paz de religion en el mismo sentido, lo cual mostraba la ineptitud de las dos partes. Los príncipes protestantes habían conquistado la libertad de conciencia para sus súbditos; pero habiendo el rey de los romanos y el duque de Baviera declarado que no podían permitir á los suyos el ejercicio de una religion sin consuelos, los protestantes se limitaron á pedirla para las autoridades, de suerte que éstas

podieran abrazar la religion que quisieran de las dos; que el cuerpo de caballeros, las ciudades y las comunidades pertenecientes sólo á los príncipes eclesiásticos y adictos ya á la confesion de Augsburgo, pudieron continuar en su creencia, y las ciudades libres é imperiales se conservaran como estaban. La cacareada libertad se reducía, pues, á unos pocos privilegios; el pueblo debía amoldarse á la creencia de sus señores, ó de lo contrario emigrar, lo cual les era permitido hacerlo gratis. Mauricio, rehabilitado de su primer oprobio con haber amenguado el poderío de Carlos Quinto, murió á la edad de treinta y tres años.

Muerte de Lutero.—No vió Lutero los desastres de la guerra de Esmalcalde, que había escitado. Muchas veces había llamado á la muerte diciendo: «Venga nuestro Señor, y llámeme á sí, comparezca su ultimo juicio; yo alargaré el cuello: vibre el acero, y concédame el descanso. ¡Ay! apenas damos la décima parte de nuestra vida á Dios, ¿y queremos merecer el cielo por nuestras buenas obras?... ¿Qué he hecho yo jamás?... Este pajarito ha elegido su nido, y va á dormir tranquilo. Sin inquietud, no piensa en el del día siguiente. Duérmese pacífico sobre una rama, y deja á Dios que piense por él... ¡Oh Señor Jesús, te recomiendo mi alma, abandonaré este despojo terrestre; me separaré de esta vida, pero sé que permaneceré eternamente á tu lado.» Repitió tres veces: «Señor, en tus manos pongo mi espíritu; tú eres el que me has rescatado, Señor, Dios de la verdad.» El doctor Jonás le dijo: *Reverendo padre, ¿morís con constancia en la fe que habeis enseñado?* Contestó que sí con claridad, y se durmió para siempre.

Hombre de gran valor y desinterés, Lutero fué impulsado á la violencia por sus pasiones, su intolerancia y sus odios personales. Quería derribar al papa, y pretendió para sí mismo la infalibilidad; pues no se puede decir que enseñó el libre examen, cuando propuso un símbolo, con la única diferencia de que antes la razon humana se inclinaba ante Dios, autor de todas las cosas, al paso que entonces se hallaba sometida á la autoridad de un hombre. Dícese que fué el primero que puso en manos de los cristianos las Sagradas Escrituras en lengua vulgar, ya hemos visto cuán inexacto es esto. Dícese también que propagó los estudios exegéticos; sin embargo, el hebreo era ya estudiado en Italia; un libro de salmos en octavo se había impreso en Génova, y en España la Biblia poliglota del cardenal Jimenez de Cisneros. También se asegura que enseñó la libertad, y nosotros encontramos, por el contrario, en él un desprecio despótico á los derechos legales, sin ninguna idea de franquicias políticas. Hasta fortificó el poder real, suprimiendo las jurisdicciones de los obispos, lo que hizo decir á Melancton que Lutero había reemplazado un yugo de madera con uno de hierro (19). Lutero dijo: Se

(19) Matter, *Historia de las doctrinas morales y po-*

nace ciudadano antes de ser cristiano. ¿Quieres saber tus derechos? No interrogues la ley de Cristo, sino la ley del Cesar y del país, esto es, la regla: tú mandas como magistrado, no como cristiano.» Así, además de quedar la conciencia subyugada á la autoridad del príncipe, se estableció el

líticas de los últimos tres siglos, dice que se imputa sin razon al protestantismo haber introducido el racionalismo, que entró en el estado social y en las doctrinas morales y políticas, sólo por efecto de la civilizacion. En un principio, los protestantes no pensaron en ello, y hasta, desechando la autoridad de la Iglesia, se hicieron esclavos de las Escrituras. Pero como ésta es una letra muerta sin ninguna interpretacion, tuvo también que sucumbir, resultando el racionalismo particular.

Toqueville *De la democracia en América*, t. II, demuestra que la tendencia de los católicos en los Estados Unidos, es más que todo democrática: *Si el catolicismo*, dice, *dispone á los fieles á la obediencia, no los prepara á la desigualdad, lo contrario diré del protestantismo, que en general inclina á los hombres menos á la igualdad que á la independencia.*

Borne, que incitaba en París á sus compatriotas á ocuparse de la regeneracion política de su país, escribía: «Habiéndose apoderado los príncipes de los bienes de la Reforma y de las rentas de la Iglesia, el impuesto del fisco sucedió á las ofrendas gratuitas, el código penal al purgatorio. Lutero quitó al pueblo el paraíso, y le dejó el infierno; también le quitó la esperanza y le dejó el miedo. Prescribió el arrepentimiento para ser absuelto de sus pecados; pero el arrepentimiento no se manda. Las fiestas religiosas se disminuyeron, los días de trabajo se aumentaron, y en su consecuencia las fatigas del pueblo. La vida pública cesó enteramente. No hubo más pintores, poetas ni fiestas populares que edificios públicos. El egoísmo provincial y doméstico tomó el lugar del espíritu nacional. El pueblo alemán era alegre, espiritual y sencillo; en el día se le ve en los países reformados, pesado, fastidiado y fastidioso. Es una verdadera vida de cuaresma que dura hace tres siglos, y este buen pueblo está lejos del día de pascua.

»Lutero, plebeyo, odiaba y despreciaba el estado de que había salido; prefería ser el protegido de los príncipes más bien que no el protector de sus iguales, de los príncipes que le acariciaban porque le tenían. Enorgullecióse Lutero con su temor, y se embriagó de tal manera con sus caricias, que no conoció que aquellos príncipes habían abrazado su creencia sólo por ambicion y avaricia; que se mofaban de su entusiasmo religioso y filosófico. Causó gran daño á su país. Antes que él no se encontraba en Alemania más que servidumbre, y Lutero le dió además el servilismo. Entre los reformados, el príncipe, fuese por consentimiento suyo, ó por consejo de los reformadores, habiéndose apoderado del poder moral de la Iglesia, lo reunió al poder material; en su consecuencia, á él fué á quien los súbditos dedicaron como cosa debida el amor y respeto que profesaban en otro tiempo á la Iglesia. Nunca los sacerdotes católicos predicaron la obediencia pasiva como los ministros reformados.

»Lutero no comprendió ni las astucias, ni las pasiones, ni la tenacidad de las clases superiores de la sociedad, ni el buen sentido, las virtudes y los intereses de las clases inferiores. Despreciaba grandemente al pueblo, que, siempre bueno y virtuoso, procura convertir sus pasiones en sentimientos, y sus sentimientos en acciones.

»Causa horror leer las persecuciones que Lutero ejercía,

axioma: *Ejus et reliquo, cujus regio*; y por esto en el término de cuarenta años el Palatinado mudó cuatro veces de religion.

Lo alaban por su exactísima honradez; pero su doctrina sobre la justificacion impugna toda moralidad, toda obligacion positiva de la virtud. ¿Ha contribuido Lutero al incremento del saber? Tampoco: lejos de eso, calificó siempre á las ciencias de inútiles, á la filosofia de diabólica, á las letras de corruptoras (20), y éstas en verdad entre tantos combates, necesariamente hubieron de enmohecerse. ¿Conocía al hombre? No, pues conoció que era un compuesto de razon y de imaginacion. La Reforma le da muerte á medias, suprimiendo esta última facultad; quiere que las muchedumbres obren lógicamente, es decir, con ayuda del juicio y de los razonamientos, al paso que las ceremonias le son necesarias. Aquella hermosa liturgia romana, en que los cánticos ora grandes y triunfales, ora tiernos y melancólicos, pero siempre graves y majestuosos, y las ceremonias venerables por su antigüedad y profunda significacion, descansan sobre

y las feroces imprecaciones que vomitaba contra los pueblos. Si se hubiese contentado con apaciguar sus trasportes, demostrar que empeoraba su situacion con la rebelion, que eran demasiado débiles y estaban muy desunidos en paragon con los príncipes colocados á la cabeza de todos los intereses egoistas del país, se le hubiera podido perdonar, en favor de su buena voluntad, su falta de valor, de sabiduria y prevision. Pero no, lejos de hacer Lutero nada parecido á esto, exhortaba á los príncipes á la venganza; decía que no había ya para ellos demonios en el infierno, en atencion á que todos habían entrado en los cuerpos de los campesinos; que era necesario matar á aquellos perros rabiosos; que no eran la longanimidad, la misericordia, la gracia, las que sentaban bien á los príncipes, sino la cólera, la espada, la venganza; que podían ganar con más facilidad el paraíso vertiendo sangre que orando. Cuando varios señores, animados de buenas intenciones, preguntaron á Lutero si los servicios personales y las demás contribuciones que pesaban sobre sus campesinos no eran contrarios á las máximas del Evangelio, y si no debían abolirlas, contestó que los campesinos se tornarían insolentes si no estaban avasallados con este peso; que el asno necesitaba palo, ya fuese bueno ó malo, y el pueblo violencia y dureza. Lutero era hijo del pueblo, y había adoptado la librea del ensalzado de la nada: esto es cuanto hay que decir.

»Lutero, á quien la clase media de Erfurth, unida á los magistrados, había sometido un proyecto de constitucion municipal, en el que los derechos de los ciudadanos eran garantidos de las usurpaciones de las autoridades, no manifestó más que desden por aquella constitucion representativa, por la cual la autoridad consentía en dejarse vigilar, guiar, corregir como á un niño, y dar cuenta á los súbditos de su modo de obrar.

(20) Erasmo dice: *Ubiqumque regnat lutherianismus, ibi litterarum est interitus* (Ep. 1101-11528). *Evangelicos istos, cum multis aliis, tum hoc nomine præcipue odi, quod per eos ubique languent, lugent, jacent, intereunt bona litteræ, sine quibus quid est hominum vita? Amant viaticum et uxorem, cætera pili non faciunt. Hos fucos longissime arcendos censeo a vestro contubernio* (Ep. 949, eod. ann.).

el dogma de la presencia real, y se manifiestan con rico y magnífico arte acompañado de ideas las más sublimes unidas á los símbolos más graciosos, y de sentimientos los más puros puestos en relieve con las formas más espléndidas y variadas, sustituyó un culto sin belleza, sin gracia, sin vida y sin amor. Esta pompa del culto había dado una nueva gloria á la Italia, mientras que no quedó por Lutero el querer que una nueva barbarie, viniese á destruir los monumentos y los recuerdos de lo pasado.

¿Amó acaso á su patria? Cuando se trató de armar á la Europa contra los turcos que amenazaban á Viena, aconsejó evitar esta empresa (21) por temor de que no contribuyese al engrandecimiento de los pontífices, protectores continuos de la libertad europea.

¿Amó también acaso la libertad de la razón y de la conciencia? Por el contrario, la maldijo cada vez que se opuso á sus decisiones; lanzó el anatema contra todo el que se separara de su símbolo de Augsburgo; apeló al acero y á las cadenas contra los disidentes. Después de haber en 1520 abierto una tan grande senda á los progresos del pensamiento, no le dejó siquiera un sendero libre en 1532, y los anabaptistas tuvieron que penetrar á viva fuerza en la Iglesia. Que no se conteste que Lutero los persiguió por la transformación política sufrida por el dogma y porque el edificio social se hallaba amenazado. Si Lutero hubiese usado de tolerancia para con ellos, y les hubiese dejado la libertad de enseñar, las matanzas que se siguieron no hubieran ensangrentado la Alemania (22).

¿Amó acaso al pueblo? No: después de haber predicado con ayuda de sus diatribas y en nombre de la libertad evangélica, la cruzada contra los obispos y los frailes, exhortó á los príncipes á exterminar á los campesinos que, creyendo en él,

(21) *Præliari adversus turcos est repugnare Deo, visitanti iniquitates nostras per illos. De captiv. Babil.*

(22) «Os referis todos á la palabra de Dios, y no creéis á sus verdaderos intérpretes: poneos, pues, acordados, antes de pretender dar leyes al mundo.» ERASMO.

habían convertido en armas sus estevas y martillos (23).

Tuvo mucha condescendencia con los reyes hasta en las cosas menos justas; y en el año 1539 firmaba con Melanchton y otros seis doctores alemanes, una consulta que autorizaba al landgrave de Hesse á la poligamia. Esta era la primera vez que acontecía en el cristianismo que una decisión doctrinal autorizase para semejante abuso, y precisamente procedía de aquellos que reprochaban las dispensas de la corte de Roma, con la única restricción de que estaban obligados á mantenerla oculta *bajo el secreto de la confesion*.

Triunfó, pues, Lutero menos por el entusiasmo de los pueblos que por el egoismo de los grandes y por el descuido de los que debían combatirle; pero su reforma permanecía siendo un término medio entre la fe y la duda, y no debía agradar á los partidarios del progreso; porque en lugar de proclamar una innovacion, tenía por objeto retroceder á los primeros siglos, y á la parte de la doctrina antigua que ha sido perfeccionada si no abolida por el Nuevo Testamento.

Melanchton, el Fenelon de la Reforma, era hombre amable y conciliador que esperaba unir las sectas empleando formas ambiguas y templando el rigor del maestro; le sobrevivió hasta el 19 de abril de 1560, muy triste por las controversias que sin cesar renacían.

Dos hechos se reprodujeron más tarde, que son de gran importancia en la historia del luteranismo: el primero, es que Juan Guillermo, duque de Sajonia Weimar, se prevaleció del pleno poder dado á los príncipes en los negocios religiosos, y arrebató á los eclesiásticos toda jurisdicción, incluso la excomunion; además, los sometió á un consistorio de seculares que dependían del príncipe, sin inquietarse de las ruidosas reclamaciones de que era objeto la independencia de la autoridad eclesiástica. Pronto fué imitado su ejemplo. La otra es la publicación del catecismo de Heidelberg, que separó definitivamente á los innovadores en luteranos ó evangélicos, y en calvinistas ó reformados.

(23) *Carnificie committendum velut nebulonem qui seditionem machinatur* LUT. *Comm. in ps. 71.*

CAPÍTULO XIX

ZWINGLE (ZUINGLIO). — CALVINO.

Siempre había profesado la Suiza un profundo respeto hacia la fe romana, á la cual debía su civilización, sus riquezas, sus monasterios y sus ciudades (1). Había reclamado protección para sus derechos; y al papa fué á quien se dirigió cuando Federico III de Austria quiso atacarlos. Pero, llamados á tomar parte en las guerras de la península itálica, se escandalizaron los suizos de la inmoralidad que reinaba en ella, y de los abusos cometidos por los prelados que Roma enviaba á su país.

Zwingle.—Ulrico Zwingle, de Wildhaus, cura de Glaris, había asistido como capellan de las tropas del obispo Scheiner, á las batallas de Novara y Marignan: instruido en los clásicos, admirador de Erasmo, se aprovechó de la especie de idolatría de que la virgen de Einsiedeln era objeto, y de la indulgencia plenaria anunciada por carteles en aquella aldea, para pronunciarse contra aquellas prácticas. Comenzó, pues, á predicar en aquel sentido antes que Lutero (1516), pero con menos reticencias y más claridad, con menos inspiración y más sistema. Mientras que Lutero procedía paso á paso, animado por una victoria y deseando otra, Zwingle, por el contrario, combatió desde el principio los dogmas fundamentales: no habló de reformas y quiso que no se buscara el cristianismo sino en las Sagradas Escrituras. Apasionado de la naturaleza, predicaba una especie de deísmo, excluía la idea y quitaba á la religión la espiritualidad, sustituyendo á la profundidad del dogma antiguo explicaciones de una insignificante sencillez.

(1) San-Galo, Einsiedeln, Appenzell, etc. Véase ABRAHAM RUCHAT, *Hist. de la reforma de Suiza*. HOTTINGER, *Hist. de Suiza en tiempo de la Reforma*.

Cuando fué pastor de Zurich, tuvo por colega al alsaciano Leon Judas (1518), y declaró que se sujetaría únicamente al Evangelio, no en algunas de sus partes, sino en el todo de él; comenzó á declarar contra las malas costumbres, la venalidad del clero y la autoridad de la Iglesia. Arrojó al fraile Bernardo Sanson que se había presentado á hacer el comercio de indulgencias; y como se le decía que aquel dinero era necesario para construir el más magnífico templo del mundo, enseñó la cima de los Alpes dorados por los rayos del sol, añadiendo que la contemplación de las obras de Dios, en cualquiera parte donde se manifiesten, valían más que las peregrinaciones lejanas (2).

Contestó á las admoniciones del obispo de Constanza, que desechara toda decisión por parte de los hombres en materia de fe, y que no admitiera ninguna satisfacción ante Dios, excepto la que se había hecho por Jesucristo. Decía á sus ovejas, reprobando los ayunos y las abstinencias: *¡Teneis escrúpulo de comer carne en cuaresma, y vendeis carne humana á los príncipes extranjeros!* Propagóse el incendio; el canton de Zurich dispuso un coloquio entre ambos partidos, y Zwingle emitió en sesenta y siete tesis las siguientes proposiciones: que la misa no era un sacrificio, que no había en ella otro mediador que Cristo, y que no se podía obtener con penitencias la remisión de los pecados; que los votos de castidad eran ilícitos; que la excomunion no podía ser pronunciada sino por la Iglesia particular á que pertenecía el culpable, y que no se encontraba en la Biblia ningún funda-

(2) *Roman curre! redime litteras indulgentiarum! da tantumdem monachis! offer sacerdotibus! Christus una est oblatio, unum sacrificium, una via.* ZWINGLE opp. I, páginas 201-222.